

El fenómeno intelectista en la literatura social mexicana*

La intensa y prolongada crisis por la que atraviesa el mundo desde hace aproximadamente tres lustros, cuyo inicio simbólico fue un vasto movimiento estudiantil que abarcó desde países como Francia y Checoslovaquia hasta Argentina y México, en nuestros días no tiene visos de terminar. Tal parece que la humanidad ha perdido la brújula del desarrollo y que se está dejando llevar por las corrientes embravecidas de lo irracional, hacia lo profundo del abismo.

Para tratar de explicar esta situación, el sociólogo Gabriel Careaga, hace una revisión de las principales utopías que se elaboraron desde la antigüedad hasta el triunfo de la Revolución Francesa, en las cuales, la idea del desarrollo económico traería la felicidad humana.

“Las utopías —dice—, no son solamente las versiones ilusorias de la sociedad, sino los planteamientos de una organización social más racional. Es el mito de la felicidad, de la ilusión armónica entre el hombre y la sociedad y también con su naturaleza”.

“Hoy como ayer —remacha Careaga—, la utopía representa una aproximación importante para las orientaciones políticas y fi-

losóficas que provocan conflictos, violencias, pero también hacen al hombre avanzar y retroceder. Que la sociedad tiene necesidad de esas filosofías es un hecho: para reorientar y democratizar no sólo su vida pública, sino también su vida privada”.

Su trabajo intenta explicar la razón entre la utopía y el progreso y las razones que han debilitado la voluntad del hombre para tomar nuevamente el sendero del progreso y del desarrollo.

Siguiendo a Edgar Morin, sostiene que “la crisis del desarrollo no sólo consiste en la constatación de una penuria de los recursos, sino que es también la conciencia oscura e inquieta de un agotamiento de la voluntad, de la imaginación y de las teorías que han inspirado la utopía, el progreso y el desarrollo. Es también el reconocimiento de que todo desarrollo y crecimiento económico constituye un proceso brutal y sórdido. Su esencia reside en que el trabajador produzca más de lo que le permite consumir para sus necesidades, e invertir y reinvertir el excedente así obtenido”.

Analiza las teorías que se expresaron en los modelos norteamericano, soviético, polaco, cu-

bano y mexicano, los que “mostroaron y demostraron hasta qué grado teoría y práctica se fueron alejando cada vez más y más, hasta transformar todo en una mascarada donde la historia se convirtió en ese cuento contado por un idiota lleno de furia y rabia, pero sin sentido”.

En cuanto al modelo mexicano, después de varios siglos de proceso de acumulación y centralización, de ampliación de la brecha entre opulencia y miseria, poder y sometimiento, “se han disipado las ilusiones y agotado la voluntad y la imaginación. El desgano vital nos ha invadido”, dice pesimista.

Y, precisamente, el agotamiento de la voluntad y el desgano vital son la expresión de una psicología colectiva que ha ganado terreno en el mundo y muy especialmente en nuestro país, de acuerdo con el propio Careaga.

Es cierto que la economía mexicana en los últimos años, tuvo un crecimiento de más de 6% del PNB en términos generales, pero también es cierto que no hubo un desarrollo equilibrado ni un reparto equilibrado de la riqueza, además de que fue un crecimiento cada vez más dependiente del exterior, vía deuda pública e inversiones extranjeras.

La burguesía mexicana sigue soñando con el modelo norteamer-

icano como único camino para salvar al país. Al mismo tiempo que “la clase media, sobre todo a partir de los cincuentas, se empezó a colonizar [...] con el modelo de comportamiento, [...] de Norteamérica”.

A pesar de que la sociedad mexicana ha realizado tres revoluciones cruentas, con el afán de reivindicar a los desposeídos, los resultados de estos movimientos “han sido negativos y el campesino sigue viviendo en la apatía, la miseria, la desesperación y el pesimismo”, y el movimiento obrero se encuentra manipulado y desorganizado.

Con todo el tremendismo que carga este libro de Careaga, no deja de ponderar, si bien subjetivamente, la descomposición irreversible del sistema de valores de «Occidente»; tocando, para librarse de «compromisos», a un estalinismo del que no acierta a exhibir la médula.

No es extraño; el fenómeno intelectista en la literatura social mexicana no es nuevo. Nuevos son algunos de sus exponentes. Y Careaga, intelectual joven con ideas y forma de exposición que no lo son tanto, con la obra que comento, quedó bien distante de escapar al viejo fenómeno. Jaime BAUTISTA ROMERO.*

* Técnico académico, IIEC-UNAM.

* Gabriel Careaga, *Los espejismos del desarrollo. Entre la utopía y el progreso*, Ediciones Océano, S.A., México, 1983.